



## PARTE TERCERA

---

### LA LLAMA

---

#### I

#### Una buena noticia

Han pasado como dos años después de los acontecimientos relatados en el capítulo anterior. Joaquín y Berta, venidos al mundo para combatir con la adversidad, habían estrechado su cariño y sus fuerzas para entrar en la lucha por la vida, y ambos trabajaban cuanto podían, dando ella lecciones de canto y él de piano. Correteaban por la calle á toda hora del día para ir á las casas de los alumnos acomodados, y por la noche acogían en la propia á los discípulos de escasos recursos, de quienes recibían una retribución corta, pero que, ya en conjunto,

producía un rendimiento no despreciable. Así habían logrado llegar al punto donde los encontramos, que era el de un modesto bienestar, pues ganaban no sólo lo necesario para la vida, sino hasta algo más para proporcionarse satisfacciones "extra," y cierto reducido confort.

Vivían en casa pequeñita y risueña, cerca del Hospicio, en la calle costeadada por naranjos en flor, que á aquel edificio conduce, pues no habían querido alejarse de las hermanas, á quienes continuaban queriendo como siempre, ó más que nunca; y cuantos ratos desocupados tenían por el día ó por la noche, empleábanlos en visitar á sus bienhechoras y á sus antiguos compañeros de infortunio. El amor que se habían jurado, había ido en aumento, á Dios gracias, porque cada aurora que se levantaba descubría para uno y otro en sus mutuos corazones, una nueva generosidad, una nueva ternura, un nuevo encanto; de suerte que de instante en instante, iban conociéndose mejor y quedando más satisfechos de su elección. Y como su alma era fuente inagotable de ternura y nobleza, sentían que no podría bastarles la vida entera para acabar de conocerse y amarse. ¿Cómo habían hallado la felicidad? De la manera más sencilla y natural: olvidándose cada uno de sí mismo y entregándose sin reserva al amor de su compañero. El no se preocupa-

ba por su propia persona, sino sólo por la de Berta, á quien prodigaba todo género de atenciones y halagos, como si hubiese sido ella, niño tierno y débil encomendado á sus cuidados; y la esposa no pensaba jamás en sí misma, atenta sólo á rodear á Joaquín de dulces y sentidas finezas, como á rey y señor, digno de todos los homenajes, honores y pleitesías. ¡Desgraciados de ellos si se hubiesen empeñado en labrar su dicha personal por su propio cuidado! Entónces habría surgido entre ellos bien pronto, la rivalidad del egoísmo y de la pequeñez, enemiga del cariño. El amor consiste en el sacrificio de la felicidad propia en aras del ser amado. Por fortuna habíalos salvado de aquel riesgo, la nobleza de sus sentimientos exquisitos; pues los únicos combates que entre ellos había, eran los del desprendimiento, como que ninguno quería ser inferior al otro en nobleza y abnegación. Berta se desvelaba pensando lo que haría para que su marido estuviese contento, y le preparaba con sus propias manos los mejores platos y las cremas más delicadas, las zapatillas más elegantes y cómodas, las batas más amplias y abrigadoras, y todo cuanto se le ocurría, que tendiese á hacerle placentero el hogar y á tenerle sano, holgado y contento. Y Joaquín, por su parte, no tenía más que á Berta en la cabeza y en el corazón, para idear y

llevar á cabo los planes más sutiles y bien meditados, á fin de convertirla en una reina ó una emperatriz, dentro de sus propios hogares. Y no había cosa que más le encantase, que el sorprenderla con dádivas y obsequios que de la calle traía: ora chucherías de tocador, ora jarrones artísticos para las consolas, ya telas ó chales, ó cualquier novedad inventada por la moda. Y aquel pensar tanto el uno en el otro, y aquellas manifestaciones que de su mutuo afecto se daban, los traían como fuera de sí y locos de contento, con la cabeza llena de ideas y planes generosos en favor del uno y de la otra, que no acababan nunca. En medio de aquella existencia laboriosa, apartada y humilde, pero llena de encanto, llegaron á saber que Julio Grimm se casaba con Consuelo "de" Dena; pero tan preocupados andaban consigo mismos y con sus diarios negocios, que apenas pararon mientes en la noticia.

—¿Sabes? había dicho un día el joven á su esposa al entrar en su casa; tu amiga Consuelo y tu ex-novio Grimm acaban de contraer matrimonio.

Y al decir esto, había puesto en las manos de Berta uno de los diarios más insulsos de Fópolis, un periódico casi femenino, en que se daba lugar preferente á las noticias llamadas sociales, y se ponía al público al tanto de todas las salidas de la ciudad y vueltas á ella de los perso-

najes notables; de las comidas, bailes y reuniones de los ricos; de los nombres de los concurrentes á esas fiestas; de las "toilettes" de las damas, y de otras trivialidades de ese ó más pequeño calibre.

—¡Conque al fin! había exclamado Berta con naturalidad é indiferencia. Era lo que tenía que suceder: lo extraño es que no lo hubiesen hecho más pronto.

Y había echado un vistazo distraído á la nota "social" en que se daba cuenta con estilo hiperbólico, de las elegancias desplegadas en la ceremonia, de los adornos del templo, y de los nombres del oficiante y las encopetadas personas que habían concurrido á la iglesia. Al pasar los ojos por aquellas líneas, no había sentido la menor contrariedad, pues años hacía se había dado cuenta de que eso era lo que tenía que suceder, y, por lo mismo, el acontecimiento carecía de novedad para ella. Su ternura creciente hacía su esposo y la idea altísima que se había formado de su talento artístico, habían llenado su alma tan completamente, que no había en ella ni el repliegue más pequeño ni para el recuerdo, ni para el amor, ni para el odio, en relación con el pasado.

—¡Vaya! agregó. ¡Pues que Dios los haga dichosos!

Joaquín, que la había observado atentamente, temeroso de hallar en su semblante algún relámpago de tristeza, res-

piró satisfecho al notar la impasibilidad de su fisonomía.

El caso, no obstante, hubiera debido asombrar á cualquiera, pues los acontecimientos ocurridos entre el alemán y la ex-señorita "de" Dena, no parecían indicar aquel desenlace. Buen trabajo debió costar á Consuelo la conquista de aquella plaza tan fuerte y bien defendida. Era de presumir que sólo á fuerza de halagos, insistencia y hasta rebajamientos, hubiese logrado salirse con la suya. El bonachón de Julio, abandonado por Berta, había ido á caer en brazos de Consuelo, á más no poder, esto era claro; pero, fuese como fuese, Berta no dió importancia alguna á la especie, la olvidó bien pronto, y siguió pensando en otras cosas de más sustancia y atractivo.

La posición un tanto desahogada en que vivían los esposos, les permitía entregarse á algunos lujos, como concurrir á la ópera, cuando la había en la ciudad, ó reunir en su casa de tiempo en tiempo á amigos artistas, para hacer juntamente con ellos, un poco de música, como dicen los franceses; así iban pasando la vida sin sentirlo, consagrados al trabajo, al arte y al amor, y olvidados de todo lo demás. La tarde precisamente en que se abre este capítulo, era una de aquellas en que se hallaban rodeados por el corto grupo de sus predilectos.

La escena pasa en la salita de la casa, donde se ostenta el piano de Chickering como principal ornamento. Los humildes muebles construídos por José, lucen su elegante estructura medio velada por cubiertas sutiles tejidas por el gancho de Berta. Cuadros de labores manuales, pendientes de cordones y clavos, y retratos fotográficos de hermanas de la Caridad ó antiguos compañeros del Hospicio, asegurados por las esquinas con tachuelas de dorada cabeza, alegran los muros, formando caprichosas figuras romboidales y estelares. Una gran lámpara de petróleo con pantalla de seda roja, derrama tibia luz por el recinto invadido ya por la sombra de la noche, y los jarrones de porcelana rebosantes de frescas flores, llenan el ambiente de suaves y embriagadores perfumes.

¿Quiénes formaban la reunión? En primer lugar, el indispensable don Teodomiro, quien ejercía en el hogar las funciones de protector y amigo de confianza. Además de él, don Pomposo de la Torrentera, regordete, cuarentón, violoncellista, wagneriano, lector infatigable de literatura musical y enemigo acérrimo de la melodía italiana. Al lado de Torrentera figuraba el flautista don Angel Blanco; blando, sentimental y enamorado de Bellini, Donizzetti, Rossini, Verdi, y todos los maestros del "bel canto." Poco á poco y

á fuerza de seleccionar entre los compañeros y amigos, habían acabado Berta y Joaquín por aficionarse á estos dos filarmónicos, que tenían talento, corazón y un verdadero fanatismo por la música. Es cierto que Torrentera era un revolucionario tremebundo, y que Blanco no veía más allá de Rossini, Bellini y Donizzetti; pero también lo es que aquella diversidad de criterios y gustos los completaba, haciendo de ellos un par de censores muy competentes para cualquier obra artística, fuese cual fuese el género á que perteneciera.

Formaba parte de la reunión, finalmente, un periodista llamado don Valente Becerril (pequeñito, enclenque, irascible y soberbio), sobre el cual tenemos que decir dos palabras antes de pasar adelante. No había entrado en la intimidad de la familia por la puerta ancha y franca de una amistad verdadera, sino por la estrecha y difícil de la imposición y la fuerza, por ser crítico de arte en su propio periódico llamado "El Azote." Sandoval le temía mucho, y tenía para él delicadas atenciones, á pesar de que en el fondo no le quería. Sabido es que los artistas aman tanto los elogios, como temen los ataques de la prensa, y que cuanto dice ésta acerca de ellos, ya los vuelve locos de contento, ó los contrista y medio mata de pena, según el tenor de las revistas; así que la debilidad

de Joaquín era muy explicable. Había, no obstante, una cosa grave de por medio, que Sandoval ignoraba, y que, á haberla sabido, habría dado al traste con sus diplomacias de pianista y compositor; y era que Becerril, que se las daba de tenorio, andaba prendado de Berta, quien, con el pleno desarrollo de su juventud, se había puesto guapisima, al punto de fascinar á cuantos la veían, y ser famosa en la ciudad por su no igualada belleza. En tal virtud, aunque desde el punto de vista estético pudiera admitir disculpa la admiración del periodista, era, desde cualquier otro, simplemente perversa y detestable, pues nada hay más odioso que un bellaco que se introduce en el hogar ajeno bajo capa amistosa, para arrebatar la honra al amigo. Don Teodomiro, Torrentera y Blanco, algo sospechaban de aquella torcida afición; pero la miraban como simplemente ridícula, por el conocimiento que tenían de la virtud acrisolada de la joven; y Berta que, como buena mujer, había echado de ver muy pronto las tendencias de Becerril, le trataba cuanto más agriamente podía. Pero él no se daba por entendido de sus desdenes, porque era presuntuoso, y se imaginaba que aquellas malas pasadas eran simples ardidés de que ella se valía para hacerse más interesante y cautivadora á sus ojos. Aunque hasta entonces no se había pro-

pasado el fátuo, á hechos ó insinuaciones de naturaleza intolerable, sentíase dispuesta la joven á aprovechar la primera oportunidad que se le presentase para darle una buena lección, sin necesidad de que Joaquín se enterase de las causas que á ello la movían.

Decíamos, pues, que la noche aquella, se hallaban reunidos en el saloncito de la casa de los esposos Sandoval, los tres individuos cuyo bosquejo acabamos de hacer. Pasados los cumplidos de ordenanza, después de una breve conversación sobre asuntos triviales, se dirigió Sandoval á los presentes, diciéndoles con voz un tanto reservada y confidencial:

—Tengo que dar á ustedes una noticia.

—¿Cuál? le preguntaron.

—He compuesto una ópera, prosiguió articulando lentamente.

—¡Una ópera! exclamó Torrentera asombrado.

—¿Tal vez al estilo de las de Bellini? preguntó Blanco lentamente.

—Sí, una ópera, prosiguió Joaquín. Por lo que hace á su estilo, ustedes mismos juzgarán al oír las partes cantadas por Berta ó bosquejadas en el piano por mí, que van á oír dentro de poco.

—¿Qué nombre lleva? preguntó Torrentera.

—Mi primer intento fué darle por título "Hernán Cortés," contestó el interpe-

lado; pero en vista de que hay otra de ese mismo nombre compuesta á principios de este siglo por Gaspar Spontini, el gran autor de "La Vestale," me he resuelto á ponerle por título "Doña Marina:" tanto da.

—Bien, murmuró Becerril; pero ¿de quién es el libreto?

—Mío, repuso Joaquín con sencillez.

—¡Hola, hola! exclamó don Valente con zumba. Al estilo de Wagner.

—No lo he hecho por eso, repuso Sandoval con sencillez, sino sólo por necesidad, pues no hay libretistas en Fópoli.

—¿Cómo no! protestó don Valente, lanzando á Berta una mirada furtiva. Un argumento inverosímil, de relumbrón y descosido, cualquiera lo halla; yo hubiera podido encargarme de ese trabajo, si usted me lo hubiera propuesto.

—Ojalá hubiese caído en la cuenta, prosiguió Joaquín; pero la verdad es que no se me ocurrió. Por fortuna no se necesita mucho para hacer un trabajo de ese género; por eso me he atrevido á ponerle mano, tanto más cuanto que es cosa cómoda formarse uno mismo las situaciones y ponerles la música que requieren.

—Nada más natural, observó sentenciosamente don Teodomiro.

—Para que se formen ustedes idea de la obra, prosiguió Joaquín, voy á decirles

en breves palabras y antes de todo, cuál es su argumento.

—Nos parece muy acertado, dijeron los oyentes.

Se hizo el silencio. Berta no apartaba los ojos de su esposo, con visible ansiedad y cariño, en tanto que Becerril la devoraba con los suyos, y que Gómez y Pérez se mostraban solenne.

—La acción, continuó Joaquín, como ustedes se lo habrán figurado ya por el título mismo de la obra, pasa en México, en tiempo de la conquista española. La he dividido en tres actos, y he procurado poner de relieve en ella, los pasajes más importantes relacionados con Cortés y con la Malinche.—En el primero, el foro representa las márgenes feraces y montuosas del Grijalva, destacándose en el fondo, el caserío de Tabasco. Aparece Cortés desde luego, rodeado por su ejército, y desnudando el acero y dando tres tajos á una gran ceiba que estará en medio del escenario, declara que toma posesión de la tierra en nombre de los monarcas de Castilla, y jura defender y sostener su conquista hasta la muerte con lanza y espada. Los soldados hacen el mismo juramento; mas viene á interrumpir el coro de sus voces, una comisión de guerreros y vírgenes tabasqueños, en cuyo grupo figura doña Marina. El cacique que preside el cortejo, in-

tima á los extranjeros salgan luego del país y lo dejen libre de su presencia, bajo pena de la vida, pues serán exterminados si insisten en profanarlo con su planta. Cortés se niega á ello con altivez, y declara que la comarca es ya posesión de Castilla, y no la dejará sino con la existencia. Al oír esto, aléjanse los comisionados amenazando con furia á los españoles, y éstos, despreciativos y burlones, se marchan á descansar á sus tiendas. Cortés se queda solo, pensando en la inmensidad de los destinos que se le ofrecen y en sus sueños de grandeza. En esto, llega recatadamente doña Marina, que se había prendado de su gentileza, á revelarle que los tabasqueños en gran número vendrán á atacarle dentro de pocos momentos; y se marcha corriendo, sin aguardar su respuesta. Al desaparecer la joven, se oye, en efecto, la gritería de los indios y la bronca algarabía de sus pífanos y atabales; de suerte que apenas tiene tiempo don Hernando para reunir á su gente y salir al campo.—Al ausentarse los guerreros, se ve invadido el escenario por un grupo de mujeres encabezadas por doña Marina, que vienen huyendo de la lucha y buscan un refugio en el bosque. Oyese el rumor de la refriega; pero ésta es breve. Los castellanos ponen en fuga á los tabasqueños, vuelven triunfantes al escenario, y al ver á las mujeres,

se apoderan de ellas y las declaran botín de guerra.—En aquellos momentos se presenta Cortés; distingue á doña Marina entre las cautivas, y, tomándola por la mano, declara que se la reserva para sí. Ella recibe sus palabras con alborozo, y ambos cantan un dúo de amor.—El acto termina con el relato pintoresco que hace Alvarado de haber visto al Apóstol Santiago en medio del combate, jinete sobre caballo blanco y cubierto de espléndida armadura; él fué, dice, quien peleó por los castellanos.—El acto termina con un concertante en que continúan cantando su amor Cortés y doña Marina, mientras los guerreros, arrodillados, dan gracias al Todopoderoso por la victoria alcanzada, y las mujeres cautivas lloran su desdicha.

Al llegar aquí Joaquín, se interrumpió para tomar aliento.

—Se presta el argumento para ser realizado con buena música y aparato escénico, observó Torrentera.

—Y también para el desarrollo del estilo patético, añadió Blanco. ¡Qué arias y dúos tan sentimentales pueden introducirse en la acción!

Don Teodomiro callaba: conocía toda la obra musical y literaria, y la había aprobado desde hacía tiempo. Berta se mostraba radiante de júbilo, porque había hallado el resumen hecho por Joaquín, su-

mamente brillante y hermoso. Sólo Becerril balanceaba la cabeza con aire poco satisfecho. Berta, que sorprendió sus movimientos, le interrogó á quemarropa:

—¿Qué tiene usted qué decir, señor? Sea usted franco.

—Señora, repuso el periodista con voz malisfula, usted perdone; pero, ya que me lo pregunta, debo declarar que el argumento, tal como va hasta ahora, me parece malo, no por falta de interés, que sí lo tiene, sino por falso.

—¿De veras? exclamó Joaquín inmutable.

—Sí, prosiguió don Valente; no se complace con la historia.

Berta, un sí es no es picada, salió luego á la palestra en defensa de su esposo.

—Usted no puede negar, dijo, que Hernán Cortés haya existido.

—Por supuesto, repuso Becerril sonriendo benévolutamente, ni que haya existido doña Marina, ni que se hayan dado varias batallas á orillas del Grijalva; lo único que objeto es que Cortés no conoció á la Malinche entónces, sino después; ni comenzó á tener amores con ella en aquel lugar, sino en Veracruz, cuando se la cedió Portocarrero, que fué su dueño primitivo.

—Aguardaba la objeción y tomó nota de ella, repuso Joaquín tranquilamente. Ya trataremos de eso más adelante; mas



por ahora, si á ustedes les parece, continuaré exponiendo el argumento.

Las cabezas se inclinaron en señal de aprobación, y siguió hablando Sandoval:

—El segundo acto, dijo, pasa en México, en el Palacio de Axayacatl. El foro representa un gran patio rodeado de macizas construcciones, en uno de cuyos ángulos se destaca una plataforma alta, como torre, á la cual se sube por una gradería. Aparecen en escena Cortés y Alvarado, en momentos en que el primero reprende al segundo por los asesinatos de los nobles mejicanos realizados en el templo, el cual ha causado el levantamiento de la población; el segundo se defiende, sosteniendo que los nobles aztecas fraguaban un levantamiento, y que los exterminó para evitar una traidora sorpresa. Mientras hablaba, se oye un rumor sordo é imponente causado por la multitud de guerreros que sitian el palacio. De tiempo en tiempo caen flechas y guijarros en el recinto. Preséntase doña Marina y avisa á Cortés que los mejicanos han prendido fuego á una parte del edificio y están haciendo gran estrago con sus proyectiles en el ejército de los tlaxcaltecas. Alvarado se muestra despreciativo; pero Cortés da suma importancia á la noticia y recuerda que hace poco intentó inútilmente desbandar á los asaltantes, cargando sobre ellos con soldados de las

tres armas. Interroga á la Malinche sobre lo que deberá hacer, y aconséjale ésta se valga de Moctezuma, que se halla prisionero en aquel mismo palacio, para que calme los ánimos de sus súbditos, y consiga de ellos permitan á los españoles salir de Tenoxtitlán sin ser hostilizados. Cortés halla bueno el recurso, pues conoce el prestigio político y religioso que el Emperador tiene sobre su pueblo, y da orden á un capitán, de traer á Moctezuma á su presencia. Así pasa, y el Emperador se presenta á poco revestido con insignias reales y acompañado por sus cortesanos. Don Hernando le intima que hable con el enfurecido pueblo y le induzca á deponer su actitud agresiva, para permitirle salir de la población en compañía de su tropa. Alvarado y doña Marina toman parte en el diálogo, manifestando el primero gran menosprecio hacia los indios, y reforzando la segunda con frase persuasiva, la indicación de Cortés. Moctezuma se excusa y vacila al principio, temeroso de las consecuencias; pero al fin, deseoso de complacer á Cortés, accede á sus deseos y sube por la escalinata de la torre-cilla para colocarse sobre el muro y hablar con los asaltantes. Tan pronto como su figura se destaca en lo alto, se hace el silencio en el exterior. Entonces eleva la voz Moctezuma con grande autoridad, asegura á sus vasallos que no

está preso, sino vive en aquel lugar por su libre y espontánea voluntad, afirma ser innecesaria la lucha, y exhorta á sus vasallos á que se retiren y dejen paso libre á los españoles, quienes se alejarán voluntariamente de la ciudad. Mas apenas acaba de hablar, estalla un rumor formidable, y gritos de "¡cobarde!" "¡traidor!" resuenan por todas partes, en tanto que una lluvia de flechas y piedras acribilla al Emperador. Este, herido por aquellos proyectiles, rueda por la escalinata y cae muerto á los pies de Cortés. En medio de la consternación general, la Malinche, alarmada, aconseja á su amante que salga con los suyos del palacio á toda costa. pues si permanece en él, será exterminado sin remedio. Alvarado se opone á la medida; pero Cortés, después de vacilar, acaba por aceptarla, aunque cayendo en hondo abatimiento, porque cree nublada su estrella para siempre. Doña Marina, empero, levanta su ánimo, diciéndole que aquel contratiempo es pasajero, y que un gran porvenir le espera para más tarde; y Cortés, recobrado el espíritu, congrega á sus soldados, desenvaina el acero y da la orden de marcha.—Así concluye el segundo acto.

Hizo Joaquín una segunda pausa, y, al explorar con la vista el rostro de los oyentes, quedó complacido, hallando en ellos muestras de inequívoca aprobación.

—El tercer acto, continuó, pasa en la azotea de una casa de la ciudad de Méjico, desde donde vigila Cortés los últimos acontecimientos del sitio. Llegan Alvarado, Sandoval, Olguín y otros capitanes á darle parte de sus triunfos: la ciudad está rendida, pero atestada de cadáveres y moribundos. Cortés da orden de que se suspendan las hostilidades y se atienda á los heridos y hambrientos. Aparece luego doña Marina y advierte á su amante que van surcando la laguna numerosas embarcaciones, en las cuales se escapan los principales capitanes y príncipes de la nación vencida. "Hay que impedir, le dice, la fuga de Cuauhtemoc, pues no habrá paz en esta tierra ni será posible la conquista, mientras quede suelto y sin vida ese guerrero indomable." Con la mano le indica una canoa de forma especial que en aquellos momentos, dice, se aleja por el lago, y le sugiere la sospecha de que pueda ir en ella el mismo Cuauhtemoc. Cortés ordena luego á sus capitanes den caza á los barcos fugitivos, y muy especialmente al designado por doña Marina.—Salen los capitanes, y Cortés y su amante continúan observando lo que pasa en la laguna, y relatan las peripecias de la persecución, cuyos detalles no pierden de vista. Doña Marina observa el abordaje de la canoa sospechosa; es Olguín quien le ha dado alcan-

ce. Ya trasladan á los prisioneros al bergantín español, ya se dirigen al lugar ocupado por Cortés, ya se acercan, ya llegan.—Anuncia un mensajero que el Emperador Cuauhtemoc y toda su comitiva han sido capturados. Don Hernando, en el colmo del regocijo, manda suspender la recepción, mientras es adornada la escena para recibir dignamente al prisionero. Los soldados la tapizan de rojo, elevan en medio de ella una plataforma con gradería y colocan en lo alto un sillón en forma de trono, donde se sienta Cortés, teniendo á su lado y en pie, á doña Marina.—Entra el Emperador Cuauhtemoc con su comitiva; y el regio prisionero, dirigiéndose á Cortés, le dice: "atraviésame el corazón con tu puñal, ya que no he sabido defender mi capital y mi trono." Cortés baja la gradería, elogia el valor de Cuauhtemoc y hace objeto de sus atenciones á la esposa del Emperador, á la joven y hermosísima Tecuipo, hija de Moctezuma.—El cortejo se retira y sigue un dúo entre Cortés y doña Marina, en el cual ensalza ésta la grandeza del triunfo alcanzado, y dice á su amante que, después de haber sido la empresa coronada por el éxito, la misión de ella está concluida. Cortés le expresa su amor con palabras sentidas, y la estrecha en brazos diciéndole que á ella debe sus triunfos. Doña Marina responde que

son obra de Dios y que la unión de él y de ella carece ya de objeto. Diciendo esto, intenta huir; Cortés la detiene y lucha, pero ella logra desprenderse de los brazos de su amante, y, corriendo hacia la barda de la azotea, se arroja en la laguna. Cortés llega tarde para salvarla, y llora amargamente su fin trágico; pero sus lamentos son ahogados por el coro de regocijo que entona á corta distancia el ejército victorioso.... Aquí concluye el libreto, dijo Joaquín, después de una pausa; eso es todo.

Y guardó silencio para oír la opinión de los circunstantes.

—Por mi parte, clamó Torrentera, lo apruebo de la cruz á la fecha. Comprende una sucesión de cuadros interesantes, de los cuales puede sacarse gran partido.

—Me adhiero á la opinión de don Pomposo, agregó don Angel con sonrisa complaciente.

—Por lo que hace á mí, terció don Valente, pidiendo antes perdón á Berta con la mirada, tengo la pena de insistir en lo dicho; la composición no es mala como obra de imaginación; pero contiene grandes inexactitudes.... Voy á enumerar algunas más de las dichas: doña Marina no aconsejó á Cortés la retirada de la Noche Triste, ni le sugirió la idea de valerse de Moctezuma para apaciguar á los mejicanos y salir del palacio de Axaya-

catl. Moctezuma no cayó muerto de la barda, después de arengar al pueblo, sino que sucumbió después, ya sea de sus heridas ó rematado por los españoles. Doña Marina no llamó la atención de Cortés hacia las canoas fugitivas, después de la toma de Méjico, ni le indicó la que llevaba á Cuauhtemoc y á su corte. Por último, la Malinche no se ahogó en el lago de Texcoco, sino continuó viviendo muchos años, murió después de Cortés y casó con el Capitán don Juan Jaramillo.

—Tiene usted razón en todo eso, señor Becerril, repuso Sandoval; pero algo puedo decir en defensa de mi fábula.

—Véamoslo, repuso el periodista.

—Esto sencillamente: que he hecho un libreto y no una disertación histórica.

—¡Concluyente! exclamó don Teodomi-  
miro, que hasta entonces no había articulado palabra.

—No tanto, insistió don Valente algo mortificado, pues las inexactitudes pasan de castaño oscuro.

—No pasan, señor mío, continuó Gómez y Pérez tomando por suya la cuestión. ¿Qué libreto conoce usted estrictamente ceñido á la verdad histórica, ó siquiera á la verosimilitud? En "Rigoletto," el libretista Piave, hace que Francisco I, bajo el nombre de Duque de Mantua, deshonre á la hija del bufón Triboulet, lo que no pasó nunca. En "Ruy Blas," el libre-

tista Ormeville convierte á la esposa de Carlos II, rey de España, en la amante de un lacayo, y á éste en un genio superior al de Jiménez de Cisneros; lo que es simplemente ridículo. En "Lucrecia Borgia" el libretista Felice Romani hace de la protagonista una envenenadora que mata á su propio hijo, lo cual es una monstruosidad y una mentira.

El maestro se detuvo de pronto y fijó los ojos en el periodista, aguardando respuesta; pero como éste callase, continuó diciendo:

—Vamos, mi señor don Valente, ¿halla usted más gordas las inexactitudes del libreto de "Doña Marina" que las de "Rigoletto," "Ruy Blas" y "Lucrecia Borgia?" Si le place, continuaremos analizando algunos otros, como los de "Hugonotes," "La Africana," "El Profeta" y cuantos usted guste y mande.

—No hay para qué, repuso Becerril desabrido y desconcertado; pero ¿autoriza todo eso al señor Sandoval para desfigurar la verdad?

—Indudablemente, repuso don Teodomi-  
miro, pues, en las óperas, no tiene más objeto el argumento, que servir de engarce á los trozos musicales.

—Así lo entiendo yo también, agregó Joaquín, y aun así lo dicen los libros. Mas, aparte de eso, merece la indulgencia mi argumento, porque aun cuando sea inexac-

to en lo que se refiere á la materialidad de los hechos, no lo es en cuanto al espíritu de la historia. Todos saben que doña Marina fué para Cortés, durante la conquista, consejera hábil y de precio incalculable en todas ocasiones. Al hacerla figurar sugiriendo al conquistador ideas salvadoras en casos críticos, he dado á su carácter el significado que le corresponde.

—Eso no lo niego, repuso don Valente inclinándose con dirección á Berta. Lo único que hallo un poco exagerado, es lo de hacer morir á la Malinche en los momentos mismos de la toma de México.

—Esa parte es la menos vulnerable del libreto, replicó don Teodomiro, pues sabidísimo es que, después de la toma de la plaza, cayó doña Marina en una oscuridad absoluta. Si casó con el Capitán Jaramillo y aun sobrevivió á don Hernando, como se dice, es incuestionable que, terminada la Conquista, quedó muerta para la historia. La "ficeón" del libreto expresa bien ese "conceto;" no me negará usted que pocos saben lo que fué de la Malinche después de esa fecha.

Iba á replicar Becerril; pero no se atrevió al fin, al observar que Berta le miraba con patente mal humor, y que el concurso le era desfavorable. Así que, rindiendo las armas, concluyó:

—Estoy convencido; ustedes han estu-

diado bien el punto, mientras á mí me coge de nuevo. No he hecho más que decir lo primero que se me ha ocurrido, y todo con buena intención: ustedes perdonen.

—¿Queda, pues, aprobado el argumento? preguntó Joaquín.

—Aprobado, repusieron todos en coro.

## II

### Un gran proyecto

—En tal caso, prosiguió Sandoval, voy á dar á conocer á ustedes un poco de la música.

Diciendo así, sentóse al piano, y Berta se puso en pie junto á él para cantar.

—Un momento, interrumpió Torrentera; antes de comenzar la audición, desearía tener alguna idea del carácter general de la obra.

—¿Qué desea usted saber? preguntó Joaquín.

—¿Ha introducido usted en ella la polifonía, ó conserva los procedimientos de la música italiana? ¿Da lugar prominente á la orquesta, ó la trata como simple y secundario acompañante del canto?

—He introducido la polifonía, repuso Sandoval con sencillez.